

ALBIÓN.

Albión! Albión; de la torva frente sombreada con eterna bruma! inhospitalarias fueron un día tus ateridas costas; arribando á ellas temblaba medroso el navegante arrebatado por brava tempestad. Hoy, señora de los mares, temida de las naciones, extiendes tu renombre y tu pujanza de Oriente á Occidente, de Aquilón al Sud. Mil y mil velas en tus puertos reposan, mil y mil despides á lejanas regiones, mil y mil te llegan conduciendo las riquezas de nuevos mundos, los tesoros de cien pueblos que orgullosa dominas. Jamás pujanza se igualara á tu pujanza, jamás altivez á tu altivez. Tiro, cuyas riquezas asombrada narra la docta antigüedad; Cartago, la rival de la soberbia Roma, la patria de Aníbal, nada fueran en presencia de ti. Nunca sus naves llegaron á tus naves, nunca sus obras á tus obras, nunca su imperio á tu imperio.

Babilonia, la ciudad de los jardines suspendidos, de las inmensas murallas, de los diques con cien puertas de bronce, comparable apenas fuera con la populosa ciudad sentada á las márgenes del Támesis. Majestuoso templo, de la Roma cristiana recuerda los prodigios con su magnífica fachada, sus altísimas torres, su soberbia cúpula. ¡Oh dolor! el cisma lo profana; con el nombre del Apóstol de las gentes en vano se intitula; que el apóstol de verdad homenajes del error no acepta. Westminster, de caprichosas labores con indecible trabajo enriquecida, con sus atrevidas pirámides, su viejo semblante, sus innumerables capillas, sus antiquísimos sepulcros, recuerda al viajero lo que fuiste un día, cuando de Patricio y Agustín conservaras intacta y pura la augusta enseñanza. ¿Quién con asombro y estupor no contemplara la línea de magníficos puen-

tes que enlazan los dos costados de la inmensa ciudad? ¿quién la cordillera de palacios, de soberbios monumentos que atestiguan el poder de un gran pueblo? ¿quién sus grandiosos parques, sus docks y sus inmensos astilleros? ¿quién las velas sin número que cubren las aguas del río, lleno un día de incultos cañaverales, ahora sulcado por humeantes caños que cual flechas verticales recorren el caudaloso cauce? ¿quién sin asombro atraviesa la prodigiosa arcada subterránea, que en sus hombros sostiene la desmesurada mole de arrebatada corriente?

Poderosa Albión, ni tu suerte te envidio, ni deseo tu ruina; que si á la patria mía males sin cuento acarrearle intentas, si recordando el poder de la invencible armada te vengas sobre el imperio del gran monarca, no satisfecha con el auxilio que en hora aciaga te prestó la tempestad, no á ti se encomendó nuestra defensa, no á ti nuestras glorias.

Si el pabellón lusitano se abate sumiso en presencia del tuyo, si altiva y desdeñosa los destinos riges de la patria de Gama, no es tuya la culpa. Pujanza y gloria buscan con afán las naciones todas, pujanza y gloria buscas tú: baldón á quien preparara ignominia tanta; baldón á quien la sufre. ¡Oh! ¡quién evocara de la tumba al héroe ilustre que con tanto brío y osadía zarpara de las costas lusitanas hacia las distantes regiones donde nace el sol! ¡quién al doblar el formidable cabo de las tormentas, guardado por la gigantesca sombra inmortalizada por el genio de Camoens, le predijera que su patria en tres siglos transformarse había en humilde colonia del poder britano! ¡quién le dijera que en medio de tanto abatimiento, se apellidaría libertad, y con desdén se condenaran la ignorancia y fanatismo de aquella generación gloriosa!

Si en las márgenes del Sena tus exigencias triunfan, si tus amenazas amedrentan á la política modesta (1) de los

(1) Expresión de Guizot en las últimas discusiones.

hombres que la gloria maucillan de Luis XIV y de Napoleón, si en Oriente tu pabellón prevalece sobre el pabellón de San Luis, si cada día más y más eclipsas los recuerdos de Godofredo y del Vencedor de las pirámides, no es tuya la culpa; pujanza y gloria buscan las naciones todas, pujanza y gloria buscas tú. No es tuya la culpa, si entronizada sobre las ruinas de las creencias de un gran pueblo, bastarda filosofía no acierta á darle actividad sin frenesí ni sosiego sin mengua.

De Isabel de Castilla la gloriosa enseña, el pabellón que triunfante paseara por mundos desconocidos, hallando el primero nuevos rumbos para medir la redondez del globo, que venciera en Pavia, en San Quintín y en Lepanto, ¡oh dolor! tampoco en tu presencia desplegarse osa con ufana galiardía; también en tu presencia se humilla en las mismas costas de donde salieron un día soberbias flotas para conquistar un mundo. También resuenan gritos de insensato alborozo, si alguno de tus magnates con premeditado intento suelta ambiguas palabras que interpretarse puedan en sentido propicio!... ¡Ilustre sombra del gran Gonzalo, cuya fulminante espada aterró un tiempo poderosos monarcas, insigne capitán cuyo nombre acata la Italia y venera la Europa; inmortal Cortés vencedor de cien pueblos, que amontonabas provincias como el soldado las prendas de un rico botín; Pizarro, Alba, heroico mozo Vencedor de Lepanto, sombras venerables que encumbraisteis un día el renombre hispano hasta donde no llegaran jamás las fábulas de los héroes hijos de dioses; ved si sufrirais vosotros insulto á vuestra patria, ved si mendigarais desdeñoso favor!...

Todo pasó; todo desapareció cual leve sueño que un momento embarga la encantada fantasía; y en pos de él no más se encuentra que triste realidad. ¿Y es tal nuestro destino que remedio no consienta, y que á ejemplo del infeliz lusitano, de colonia hasta el rango humilde hayamos de bajar? ¿Legado de esclavitud y envilecimiento transmitirá á las generaciones venideras, la generación que derroca-

ra al Vencedor de Europa, apellidando independencia? Nó, que la España conserva todavía hidalgos corazones donde el amor patrio se alberga; nó, que de Daoiz y de Velarde las ilustres sombras con semblante airado, con ademán fiero, turban el muelle descanso de ignoble servidumbre; nó, que de la invicta Zaragoza, de la inmortal Gerona los héroes, baldón y afrenta arrojaran sobre nuestro rostro, cual torpe lodo sobre frente infame; nó, que la memoria se conserva todavía, de cuando medrosas las armas del poder britano amparo buscaban en sus naves, á la vista de las águilas francesas, mientras el denodado español peleaba solo, sin más trinchera que su pecho, sin más auxilio que su valor, sin más sostén que su constancia, uno contra mil.

Allá en sus proyectos de insaciable ambición el formidable coloso, buscando en nuestro infortunio el secreto de nuestras fuerzas, cual agorero en las entrañas de víctima palpitante, descubre el hondo misterio, la mansión de la vida, y con mano trémula de temor y de esperanza, ansioso la señala y dice: «*extirpémosla*;» «ella triunfó de la barbarie de los hijos de Aquilón, y creó la gloriosa nacionalidad que pereciera á orillas del Guadalete; ella conservada cual sacro fuego en la cueva de Covadonga, inspiró y enardeció á los ínclitos fundadores de una nueva monarquía acaudillados por Pelayo; ella humilló en cien y cien combates la pujanza agarena, sostuvo una lucha de ocho siglos, triunfó en Granada, y llevó hasta las costas de África el pendón castellano; ella condujo á intrépidos marinos á playas desconocidas, abriendo nuevos mundos á la civilización; ella condujo á inmortales guerreros á la conquista de inmensas regiones, ella hizo formidable el nombre español en todos los ángulos de Europa, ella despertó el león dormido, y le hizo romper de un solo esfuerzo las cadenas con que le sujetara usurpación extranjera, auxiliada por traición alevé; ella... *extirpémosla*, propinemos á ese pueblo incauto el violento tósigo á cuya acción no resiste la complexión más robusta. El Libro

Santo que nuestras manos profanaran derramemos con profusión sobre ignorante plebe; de ilustración, de paz, de fraternidad los bellos nombres á sus oídos sin cesar resuenen; mentidos enviados, del Cristo Augusta misión fingiendo, inspiren desprecio de la antigua creencia, odio á Roma.»

Pujanza y gloria buscan las naciones todas, pujanza y gloria buscas tú: mas no del error y de la mentira ignobles armas blandir debiera un gran pueblo; la sangre que chorrea de impetuosa lanza ennoblece al guerrero, la que gotea de puñal aleve deja indeleble mancha. Cuando de lo alto brilla sobre ti prodigiosa estrella para iluminarte de nuevo, cuando la sangre de los mártires que inhumana vertiste en momentos de furor horrible, clama al cielo, nó venganza, sino perdón y luz, las tinieblas que en tu horizonte se esclarecen no arrojes con mano impía sobre un pueblo fiel. Tu orgullo no alces contra el cielo, que hay un Dios vengador; nada pudieran tus designios y esfuerzos contra la nave misteriosa protegida del Altísimo. También allá en remotos siglos, poderosas naciones con atentados sacrilegos la cólera provocaran de Aquel, cuya omnipotente palabra convierte en árida hondonada el cauce de los ríos, y deja en seco el mar; también contra el pueblo escogido la opresora mano extendieran, profanando el Santuario. ¿Sabes cuál fué su suerte? Abre los profetas, y escucha á tus viajeros que te narran asombrados el pavoroso cumplimiento. ¿Dónde está Nínive, la ciudad de Sennacherib, del orgulloso monarca contra quien descendiera con vibrante espada el Ángel del Señor? Más fueron sus *negociantes que las estrellas del cielo...* Eran sus guardas como langostas... No se halla el lugar donde estuvieron... La hermosa Nínive se ha tornado en soledad despoblada como un yermo. (Véanse los profetas Nahum y Sofonías.)

¿Dónde está Babilonia, la gloria de los reinos, la ciudad de oro, el orgullo de toda la tierra, del gigantesco templo, del alcázar murado, del lago igual á un mar? Las espantosas profecías se han cumplido. Destruiré el nombre de

Babilonia y los residuos. Será habitación de aves de rapiña, y mansión de dragones: una soledad, un país árido, un desierto, una llanura rasa, enteramente desolada, pantanosa, llena de montones de escombros y ruinas.— Todo el que pasa por ella se queda atónito.

La hez del cáliz no se ha agotado aún; el Señor indignado la derrama todavía sobre los pueblos que provocan su indignación todopoderosa; y si á expiación tremenda condenada está la triste Iberia, no insultes su llanto, su dolor no insultes, no le arrebatas ¡cruel! su único consuelo, su sola esperanza, la fe de sus mayores, la esperanza en Dios. Sonar pudiera para ti una hora terrible, que aleje Dios; sonar pudiera la terrible hora en que á discordia sangrienta abandonada, tu seno desgarraran esos hijos cuyos andrajos no cubre tu ostentoso lujo, cuya hambre no sacias, nadando en la opulencia. ¡Ay de ti el día en que el pueblo fiel cuya cerviz oprimes, hace largos siglos, lance el grito de *basta!* . . . y se levante, y se presente á tus ojos, cual sangriento espectro, demandando venganza, ya que le negaste justicia! ¡Ay de ti el espantoso día en que cien pueblos que te aborrecen en distantes regiones, contemplen la turbación y el sobresalto pintados en tu frente por discordia intestina! el día en que las tempestades no encadenadas por la mano omnipotente no dispersen ya las flotas que á tus orillas se enderecen! ¡Ay de ti el día en que esos pueblos heroicos que impune molestas fiada en las ondas que te ciñen, saltar pudiesen sobre tu tierra, y medir sus fuerzas con las tuyas, brazo á brazo!

La patria de los Viriatos, de los Vascos, de los Pelayos, Guzmánes y Gonzalos, existe aún; doliente y abatida, espera tan sólo aquel momento en que la Providencia llame á los pueblos á nueva vida diciéndoles: «levantaos y marchad.» No en vano con la altísima muralla del Pirene resguardo y defensa la otorgara el cielo contra invasión extranjera; no en vano los mares que la circuyen le indican que ser debiera tu más temible rival; no en vano se conservan

en la peña de Mauritania atalayas los soldados españoles, como esperando la seña de arrojarte de la opuesta fortaleza. ¡Delirio! ¡oh delirio, nó!... Hay un gran pueblo, sólo falta un grande hombre. ¿Ha nacido? ¿Nacerá? Adoremos los arcanos del Eterno; y no abandonemos el último consuelo de los desgraciados: la esperanza. — *J. B.*

(Número de la Revista correspondiente
á 1.º de Abril de 1843.)

LA FUERZA DEL PODER

Y LA MONARQUÍA.

El poder que gobierna la sociedad ha de ser fuerte, porque en siendo débil tiraniza ó conspira. Tiraniza, cuando se esfuerza por hacerse obedecer; conspira, cuando sufre en silencio la resistencia y el ultraje. Augusto se siente fuerte, y su imperio es suave; Tiberio se halla débil, y maquina y oprime: de los monstruos que mancharon el solio de los césares, fueron los más violentos é insoportables, los que oían ya cercano el ruido de los pretorianos que venían á degollarlos.

Recorred la historia, y encontraréis escrita por do quiera con letras de sangre esta importante verdad: *¡Ay de los pueblos gobernados por un poder que ha de pensar en la conservación propia!*

Esta es la clave para explicar los inconcebibles excesos á que se abandonan los poderes revolucionarios y los despóticos, una vez dado el primer paso en el camino de la tiranía: todos son tiránicos porque son débiles; y cuando los veáis tocar á la demencia en sus medidas de tiranía, dad por seguro que están por expirar. El moribundo me-